



VOLTAIRE

CARTAS  
ESCOGIDAS

1

PQ2084

.A2

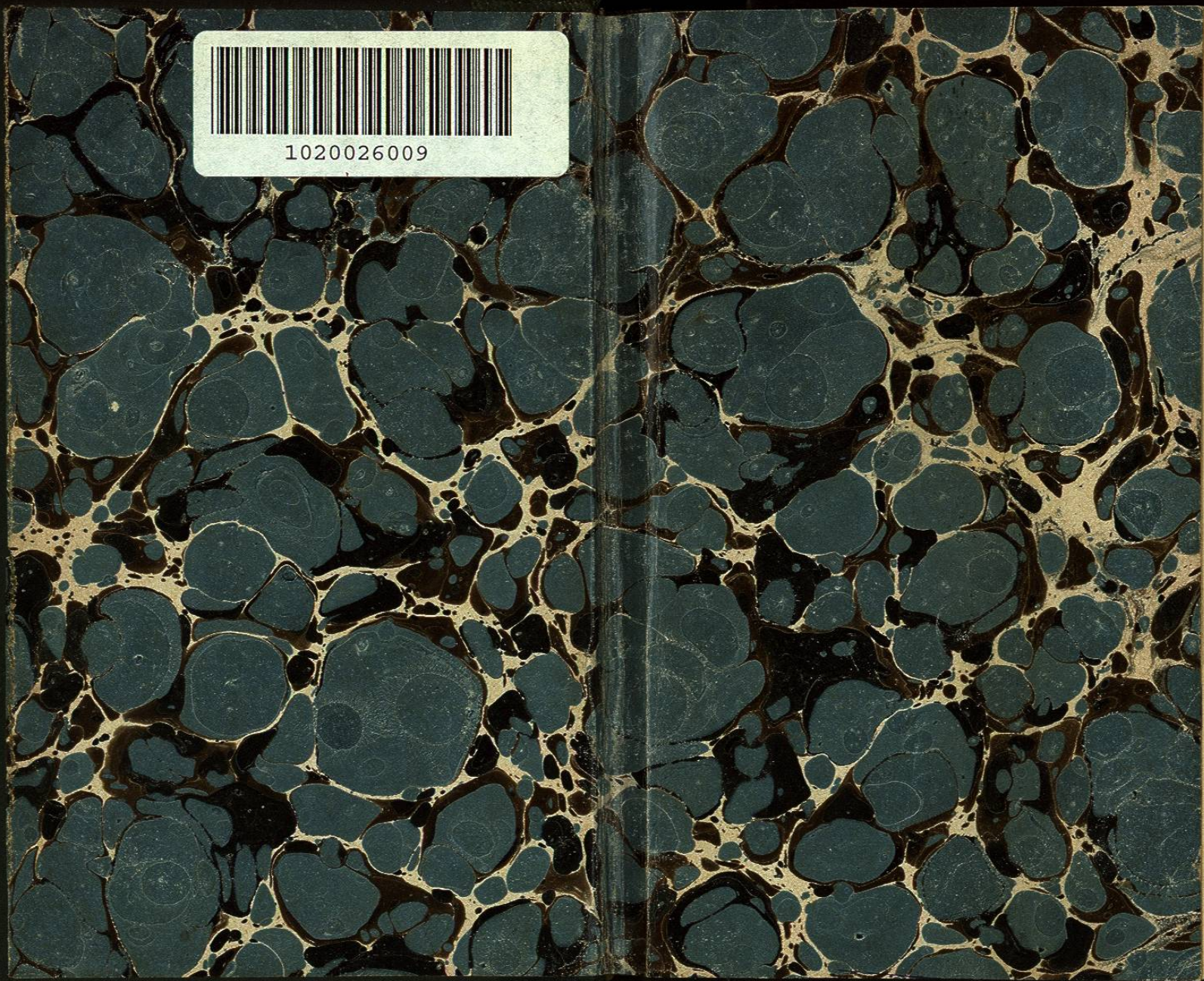
C3

v.1





1020026009







FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CARTAS ESCOGIDAS DE VOLTAIRE

Núm. Clas. 846.5  
Núm. Autor V935e  
Núm. Adg. 30969  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. 69  
Catálogo \_\_\_\_\_



CARTAS ESCOGIDAS

DE

# VOLTAIRE

CON UNA NOTICIA BIOGRÁFICA Y NOTAS EXPLICATIVAS

POR

**LUIS MOLAND**

~~~~~  
Versión castellana,  
aumentada con las cartas dirigidas á personajes españoles,  
ó referentes á cosas de España,

POR

**AURELIO CASTELLANO**

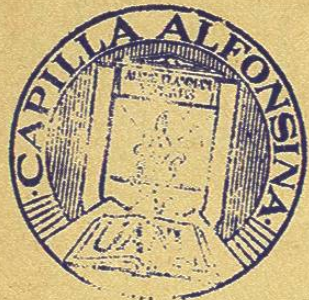


101043

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIV.  
"Alfonso"

...ia leído en los  
PARIS Ese es el ingenio  
GARNIER HERMANOS, LIBREROS  
6, rue des Saint-Étienne  
...edio de tantas palabras





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 1887  
Apdo. 1625 MONTECERREJO, MEXICO

## INTRODUCCIÓN

Voltaire, como modelo de estilo epistolar, es tal vez superior á Madama de Sévigné. Á la ingeniosa marquesa no le faltan coquetería y rebuscamiento en sus cartas; al pretender seguir sus huellas, correría uno el peligro de caer en el amaneramiento y el gongorismo. Voltaire, en cambio, nos ofrece un modelo lleno de naturalidad en un grado perfecto, así como de vivacidad, corrección, claridad y exactitud. Es el maestro por excelencia. He aquí cómo se expresa M. de Nisard, en el tomo iv de su *Histoire de la Littérature française*, hablando de la correspondencia de Voltaire:

« Voltaire, autor de epístolas, llena por completo la idea que se forja nuestra mente; tiene en primer lugar el ingenio del buen sentido. »

Esprit, raison qui finement s'exprime,

ha dicho Chenier, que lo había leído en los mismos labios de Voltaire. Ese es el ingenio que en nuestros primeros cuentistas nace enteramente formado y, en medio de tantas palabras



y frases destinadas á refundirse, crea un francés que no ha de cambiar. Es el que en Villón y Marot se desprende de las frías alegorías de la poesía de la Edad Media y resiste á las primeras supersticiones por la antigüedad clásica. En Molière, La Fontaine y Le Sage constituye la mitad encantadora é inmortal de la literatura. Poseemos gran cantidad de este ingenio cuando juzgamos á los demás, pero muy poco cuando nos juzgamos á nosotros mismos. Nadie lo ha tenido en mayor abundancia que Voltaire. Se ha dicho de él : « Hay alguien que tiene más ingenio que Voltaire, y ese alguien es todo el mundo. » Sí, pero ese ingenio de todo el mundo es también el suyo.

Tiene la risueña burla de Gil Blas, que censura ligeramente las imperfecciones de todos sin exceptuar al escritor mismo. Sólo que en Gil Blas es tan discreta, que parece como involuntaria y que el autor no se da cuenta de ella. En Voltaire es más aguda, y el primero que lo echa de ver es Voltaire mismo. Este puede reírse de antemano de sus ocurrencias, pues está seguro que no se hallará solo en la risa. Para penetrar el espíritu burlón que hay en Gil Blas, es preciso tal vez tener más agudeza y candidez que la que es común en la gente de ingenio; para no perder nada en Voltaire, apenas hace falta tener ingenio.

« Hay otra clase de ingenio que acompaña casi siempre á la burla juguetona, y es el arte

de alabar, tan perfecto en nuestro país como el arte de burlarse. Según opinión de los extranjeros, es nuestro defecto principal. En todo caso no está al alcance de todo el mundo, y tal vez nos lo echan en cara porque nos lo envidian. Si hemos de darles crédito, sería un conjunto de fórmulas de cortesía faltas de sinceridad. Es verdad que el arte de alabar no es una virtud heroica, pero tampoco es un vicio. El fondo lo forma esta benevolencia sincera, aunque algo superficial, que nos hace alabar á los que nos agradan ó nos hacen algún beneficio. Si las causas que enemistan á los hombres, más numerosas que las que los unen, vienen á cambiar nuestros sentimientos, ¿ quiere esto decir que en el momento en que los expresábamos no fuésemos sinceros? Aunque esta sinceridad no fuese más que provisional, comunica á la alabanza dada por una pluma francesa ese aire de naturalidad y de abandono que tanto la realza. Por otra parte se recibe como se da, y este trueque es uno de los encantos de la sociedad francesa; ¿ y por qué no decir uno de sus elementos más felices? ¿ Acaso es su número tan grande que haya que prescindir de éste?

Voltaire se muestra exquisito en este terreno. Nadie ha experimentado con más frecuencia y sinceridad esas amistades que nacen de una conveniencia pasajera. Alabar es para él tan natural como burlarse. En este punto es un artista consumado, nos hace hallar agradables alaban-



zas que no nos están dirigidas. Muchas veces me he preguntado por qué nos gustan tanto esas fruslerías que otros han comido; el motivo nos honra: es nuestra afición á la alabanza y nuestro deseo de merecerla.

Además del arte de alabar á los otros, hay en la correspondencia el arte de recibir las alabanzas de los mismos. No sé si éste es más difícil aún. El hombre que recibe una alabanza se halla dispuesto á convertirse en eco de ella; y no en un eco cualquiera, sino en uno de esos ecos que repiten varias veces el sonido. Se siente uno como empujado por una pendiente en la que ya, por decirlo así, se desliza; ¡y hace falta tanta virtud para retenerse! Voltaire lo consigue, y no se nota en él la menor violencia. No parece estimarse sino con relación á la estima que le demuestran. No toma todo lo que le dan, lo cual es un medio excelente de asegurar la posesión de lo que se toma. Una alabanza tomada al pie de la letra y, permítaseme la frase, tragada con glotonería, la siente en parte el que la tributa. Cuando alabamos á alguien, deseamos que nos muestre resistencia. Esto nos hace obstinarnos, y redoblamos nuestros esfuerzos, más celosos de convencerle de nuestro buen gusto que de persuadirle de su mérito. ¡Cuántas alabanzas de esta índole se ha granjeado Voltaire al tratar de evitar alabanzas ordinarias!

Quítese del discurso de un hombre de ingenio todo lo que es pensamiento y sentimiento

justo, burla fina, alabanza delicada; siempre quedará algo que nada nos enseña y que, sin embargo, no está de más. Voltaire está lleno de estas superfluidades tan necesarias. Pero ¿á qué mostrarse pesado en la enumeración de cosas tan ligeras? En materia de clases de ingenio es tan difícil hallar la que falta á Voltaire como definir las que posee. Le falta el ingenio de la preciosidad y del gongorismo; y digo ingenio, porque no es posible incurrir en estos defectos sin tener mucho ingenio. Buena prueba de ello son los héroes de este género en la época de Voltaire, como Fontenelle y Marivaux, que á fuerza de emplear ó de desperdiciar ingenio de muy buena ley, hacían más tentador semejante defecto. No hay una frase de estilo precioso en la Correspondencia, ni aun en las alabanzas en que es tan fácil incurrir en el refinamiento y en que no se teme chocar con los escrúpulos de buen gusto de la gente á quien se alaba.

Si hubiese que escoger entre lo excelente, daría mi preferencia, entre todas estas cartas, á las que tienen asunto literario. Hasta desearía que se hiciese con ellas una colección. Este curso de literatura sin plan y sin objeto, esta poética sin disertaciones, esta retórica sin reglas de escuela, formarían un libro único. Voltaire habla de las cosas del ingenio como es costumbre entre gentes de buena educación que se preocupan más del cambio de ideas agradables que de darse mutuas lecciones. Los géneros se sienten más



bien que se definen, y sus límites respectivos parecen más bien indicados simplemente como cosas convenientes al espíritu humano que como barreras colocadas entre los autores. El gusto no es una doctrina, ni menos aún una ciencia; es el buen sentido en la apreciación de los libros y de los escritores. La verdad, en lugar de imponerse, se comunica como un placer del ánimo que Voltaire nos invita á gustar. Hay prescripciones y consejos, porque es necesario, después de todo, que el templo del buen gusto tenga un recinto sagrado; pero todo el que tiene conciencia de no ser fastidioso puede entrar en él, si quiera sea por asalto.

No conozco mejor guía que su Correspondencia para enseñar á leer y á juzgar á los escritores de los dos siglos últimos y á Voltaire mismo. Ha visto todos sus lados débiles, y como si hubiese juzgado menos duro adelantarse á la crítica que aguardarla, ha hecho él mismo su confesión. Le gustaban tan poco los censores, que era capaz de quitarles por malicia las primicias de sus críticas, y conservar sobre ellos las ventajas de ver sus propios defectos antes que nadie. Tal vez merced á una ilusión de amor propio, esperaba que le defenderían contra sus escrúpulos y que le serían perdonados sus pecados.

Esta colección de Cartas escogidas de Voltaire, hecha especialmente desde el punto de vista literario, que M. de Nisard mostraba deseos

de ver formada, es la que hoy ofrecemos al público. Hemos procurado extraer la flor de esta correspondencia. Pero como nuestro fin era ofrecer especialmente modelos de estilo epistolar, hemos descartado de nuestro trabajo todo lo que hubiera podido chocar á un lector cualquiera. Nos hemos concretado á aquello que á todos gusta sin reserva y que es objeto de unánime acuerdo. Es preciso que todos puedan recorrer esta colección cual se recorre un museo, entregándose por completo al sentimiento del arte, sin hallar nada que pueda herir sus convicciones ni contrariar su admiración hacia el genio del escritor.

Esta consideración, así como el interés del asunto, es lo que nos ha guiado en la elección de las cartas que hemos reunido. Con el mismo fin de respetar todo escrúpulo de conciencia hemos omitido á veces en una carta un párrafo, una frase ó una palabra, pero nunca nos hemos tomado la libertad de hacer el menor cambio en el texto ni aun de reemplazar una expresión por otra. Nos hemos limitado solamente á ligeras supresiones.

Es seguro que una elección hecha de esta suerte no permite formar juicio exacto de Voltaire; no se le posee por completo; sus rasgos se hallan muy suavizados y, por decirlo así, redondeados. En esta colección no aparece lo que le ha hecho más admirable para unos y más digno de odio para otros. Pero un libro como



éste no basta para conocer al hombre entero; hay que recurrir al conjunto de sus obras completas.

Nos hemos propuesto componer un libro útil y atractivo á la vez, un libro clásico. Hace largo tiempo que varias obras del gran escritor, tales como el *Siglo de Luis XIV* y la *Historia de Carlos XII*, figuran en el programa de estudios de la juventud. ¿Por qué no ha de obtener el mismo honor la correspondencia escogida, que es menos caduca que esas obras y más viva é inmortal?

## NOTICIA ACERCA DE VOLTAIRE

---

Son indispensables para el lector algunas indicaciones biográficas, á fin de que pueda darse cuenta de las circunstancias sucesivas en medio de las cuales se escribieron estas cartas.

Voltaire nació en 1664. Era el hijo tercero de maese Francisco Arouet y de la señorita Margarita Daumart, originarios ambos del Poitou y domiciliados entonces en la parroquia de San Andrés de las Artes, en París. Maese Francisco Arouet, antiguo notario en el Chatelet de París, obtuvo en 1701 un cargo importante en el Tribunal de Cuentas. Los padres de Voltaire pertenecían á la clase acomodada y hasta rica. El joven fué puesto en el colegio de Luis el Grande, dirigido por los jesuitas, y en el que recibían educación los jóvenes de la primera nobleza. Al terminar la retórica salió de dicho colegio en 1771. Allí conoció á Le Cornier de Cideville, Pont de Veyle y al marqués y al conde de Argensón, con los cuales permaneció siempre estrechamente unido, y cuyos nombres se encuentran con frecuencia en la correspondencia.

Fué introducido por el abate de Châteauneuf, su padrino, en la sociedad un tanto revolucionaria y libre del Temple, que contaba entre sus miembros al príncipe de Conti, al gran prior de Vendôme, al duque de Sully, al marqués de La Fare, al abate de Chaulieu, al abate Servien, al abate Courtin, abates y grandes señores libertinos que protestaban con sus costumbres y sus ideas epicúreas contra la severidad de la vieja corte de Luis XIV. Para arrancarle de en medio de aquel mundo galante y de la poesía que ya empezaba á cultivar el joven Arouet, hizo su padre que le enviaran á Holanda acompañando al marqués de Châteauneuf, embajador de Francia en dicho país. El marqués, á quien el joven suscitó más de un embarazo, le envió de